

## CAPITULO XXXVI.

### LOS ESTREMECIMIENTOS DE FRANCIA.

Honremos el valor del vencido. En la batalla de Voerth necesitaba Mac-Mahon que se amenazase á las baterías enemigas para comenzar su retirada. Un escuadron de coraceros debia acercarse á los cañones prusianos que vomitaban la muerte. Id, dijo el general á un coronel. Es ir á morir, añadió este, pero vamos. Dadme un abrazo y despues de haber abrazado á su jefe corrió á fundir su corazon en la metralla enemiga. Las granadas arrancaron la cabeza de un coracero. El cuerpo quedó á caballo. Y el caballo corria llevando sobre sus lomos aquel terrible espectro. Cuando concluyó el horrible encuentro, vino la noche, y no hubo tiempo de recoger los heridos. Algunos se reanimaban al contacto de manos humanas, al soplo de pechos humanos, al latido de otros corazones. En su dolor creerian los infelices que la compasion, la caridad, personificándose en aquellos hombres iban á derramar algun bálsamo en sus heridas, algun consuelo en sus almas. ¡Ah! No; eran sórdidos campesinos que los mataban para robarlos.

El príncipe real de Prusia ha tenido que fusilar veintidos de estos criminales. ¿Y en presencia de tales ejemplos y con enseñanzas tan vivas el género humano tiene de manera perturbada su conciencia, que todavía no ha suprimido la guerra? Y aun llama héroes á los guerreros con fortuna. Todas estas desgracias caen sobre el Imperio. Como hace tiempo que se atribuye á si mismo toda la gloria francesa, hoy Francia le atribuye á su vez todos los desastres. La indignacion llevó á una parte considerable del Ayuntamiento de Marsella á proclamar la República, no como venganza, sino como refugio supremo al espíritu nacional, necesitado de recobrar todo su brio para obrar el milagro de la salvacion de Francia perdida por los errores y los crímenes del Imperio. Fué necesaria la guarnicion inmensa que en todas las ciudades ha dejado el Emperador para impedir que volviese á ser Marsella la iniciadora de un movimiento democrático en Francia.

Algunos llaman á estas demostraciones de



la cólera popular, intemperancias republicanas. Mas los imperiales son tambien asaz intemperantes. Han propuesto expulsar de Francia á todos los alemanes. Ya hace dias que Suiza está invadida por los desgraciados que el suelo francés arroja de su seno como si estuviéramos en los tristes tiempos del exterminio de razas. Imaginaos cómo llegarán á suelo hospitalario, expulsados de sus hogares, perdidos en sus intereses, azotados por amenazas de muerte. Esta medida y la manía de ver en todas partes prusianos y expías, desacreditan mucho á la nacion francesa. Personas respetables, distinguidísimos publicistas, han sido víctimas de estas ridículas alucinaciones. Bastará con decir que un amante adúltero señaló el marido de su amada como prusiano, para entregarse á la criminal pasion libremente, mientras su víctima iba de calabozo en calabozo, y de puesto policiaco en puesto de policiaco. Estas locuras no son propias de un pueblo que tiene el sentimiento de su dignidad y la conciencia de su derecho.

Las medidas políticas y económicas indican el mismo terror. Se ha decretado el curso forzoso á los billetes de Banco, merced á lo cual, esos billetes que eran como oro sonante han perdido el diez por ciento. Se han aplazado treinta dias todos los pagos. Se ha pedido que no exijan á los trabajadores el in-

quilinato de las casas que ocupan este trimestre. Un periódico, *El Reveille*, ha dicho que sabia cuántos soldados guardaban á París con detrimento de la independencia francesa, y han suprimido *El Reveille*. Otro periódico, *El Rappel*, ha dado la cifra exacta de la guarnicion parisiense, y han suprimido *El Rappel*. *El Times* de Inglaterra no entra en Francia, ni *La Independencia de Bélgica*. Este periódico se ha vengado sangrientamente. ¿En qué se parece *La Independencia* al Emperador? Ha dicho. En que no puede entrar en París.

Mientras tanto el rey de Prusia da una proclama en la cual dice que su guerra no va contra Francia, sino contra el Emperador; no va contra los ciudadanos, sino contra los soldados franceses. ¡Ah! Estas razas del Norte cumplen siempre igual destino; libertan al mundo de esa plaga asoladora que se llama el Cesarismo. Con Alarico y Ataulfo nos libertaron del Cesarismo romano; con Lutero y Melankhon del Cesarismo pontificio; con Mauricio de Sajonia y Guillermo de Orange, del Cesarismo restaurado por Carlos V; y con Wellington y Blucher del Cesarismo restaurado por Napoleon el Grande. Ahora nos libertarán de nuevo con Bismark y con Molke de la última sombra cesarista personificada en el último Bonaparte.

## CAPITULO XXXVII.

### CASTIGOS.

*Dia 15 de Agosto.*

El dia 15 de Agosto. ¡Qué contraste! Otros años las paradas en que lucia sus vistosos plumajes el estado mayor, y sus vistosos uniformes el ejército, y este año las derrotas en que mueren con la desesperacion en el alma millares de franceses vencidos; otros años las Cámaras ofreciendo sus mensajes y levantando al cielo sus votos, por la perpetuidad de la dinastía, y este año las Cámaras empeñadas en acelerar su destronamiento á presencia misma del enemigo; otros años millones de luces que se estendian como serpientes de fuego por el suelo, millones de cohetes poblado los aires, la música, la alegría, y este año torvo humo de incendios, cadáveres insepultos y podridos sobre fango sangriento, bandadas de cuervos que graznan y aletean, el crujido de la independencia francesa, de la nacionalidad francesa que se viene á tierra, y el Emperador retirándose, huyendo, pisados los talones por la deshonra y la muerte. *Sunt lacrimae rerum.*

*Dia 16 de Agosto.*

Las noticias más importantes se refieren al Cuerpo Legislativo. La proposicion de la iz-

quierda para que la Cámara nombre un comité de defensa nacional va á ser discutida. En vista del gran problema y los difíciles puntos que se relacionan con él, decide la Cámara constituirse en sesion secreta. Reina un silencio pavoroso. La soledad de las tribunas como que aumenta el pavor. Es de noche; la luz artificial da como siempre mayor solemnidad á la escena. Los rostros de los diputados acusan bien diversos sentimientos. La derecha teme, tiembla como bajo el peso de un horrible remordimiento. La izquierda serena, tranquila, aparece fuerte como quien cumple un grande acto de justicia. Julio Favre sube á la tribuna. Hay en toda su persona el aire de un magistrado que va á pronunciar inapelable sentencia. El Cuerpo Legislativo parece un Tribunal. Jamás el acento de Favre fué tan solemne, su voz tan soberbia, su estilo tan sóbrio, sus ideas tan afiladas y cortantes; aquel discurso era un hacha que derribaba no solamente la corona, sino tambien la cabeza del Imperio. El cuadro que ofrece Francia invadida, amenazada en su independencia, proxima á sucumbir bajo el peso de innumerable raza toda en armas, ese cuadro